

REVISTA DE LIBROS

Self and World, de QUASSIM CASSAM. OXFORD, OXFORD UNIVERSITY PRESS, 1997, 208 pp., £27.50.

En el libro *Self and World*, Q. Cassam se propone argumentar, sin servirse de premisas materialistas, a favor de una explicación materialista de la autoconsciencia, concretamente a favor de la tesis de que *somos conscientes [aware] de nosotros mismos como objetos físicos entre otros objetos físicos*. Históricamente, esta idea ha sido rechazada o, simplemente, ha sido pasada por alto, y se oponen a ella incluso filósofos que —como Husserl, Sartre y Merleau-Ponty— admitirían que somos conscientes de nosotros mismos como *sujetos físicos* (no admitirían, en cambio, que somos conscientes de nosotros mismos como “una cosa entre otras cosas” según el propio Sartre lo describe).

Cassam formula su tesis de manera que ésta se aparta fundamentalmente de lo que es su origen, un origen que se encuentra en la glosa strawsoniana de la autoconsciencia transcendental kantiana: atribuirle a alguien consciencia de un mundo objetivo no es sino atribuirle comprensión de la distinción subjetivo-objetivo. No obstante, tal y como el propio autor afirma, la inspiración strawsoniano-kantiana puede reconocerse en todo el libro.

El éxito del propósito principal de Cassam comportaría como corolario la refutación de la idea (epistemológica) de que el yo es *huidizo [elusive]*, que precisamente suele aducirse como la razón más decisiva para lo que el autor llama la *Tesis de la Exclusión*, es decir, la tesis ontológica de que el yo pensante y sujeto de experiencias no es un objeto entre otros del mundo y, por consiguiente, no es un objeto físico. La estrategia que se sigue en el libro consiste en mostrar que el argumento que se utiliza más frecuentemente para establecer una de las premisas que llevarían a la Tesis de la Exclusión se basa, a su vez, en una premisa falsa: el yo no es huidizo.

Para argumentar en favor de su afirmación principal, Cassam, apoyándose en una concepción de la autoconsciencia que juzga generalmente aceptable, defiende la fuerte tesis modal de que la consciencia introspectiva del yo pensante y sujeto de experiencias como objeto físico entre otros objetos físicos es una condición *necesaria* de la autoconsciencia, es decir, que un sujeto autoconsciente *debe* ser consciente de sí mismo *qua* sujeto como algo con una forma, ubicado en el espacio, y sólido.

Cassam dedica a esta tarea los primeros cuatro capítulos del libro. En el quinto, finalmente, trata, mediante una serie muy compleja e intrincada de argumentos y contraargumentos, de poner fin a la idealista Tesis de la Exclusión desde un punto de vista más general, que se centra en el tema de si podemos considerar la existencia de personas como un hecho derivado acerca del mundo (la línea que sigue Parfit). Dejaré este capítulo fuera de mi comentario porque, a pesar de resultar muy convincente para quienes compartan con el autor ciertos sensatos supuestos ontológicos (como que *las personas* son objetos del mundo), sólo llega a afirmar que, tras presentar y analizar los

mejores argumentos que pueden darse para establecer la Tesis de la Exclusión, se ha comprobado que todos ellos fallan, por lo que esa tesis debería abandonarse.

Trataré de pasar revista a los cuatro capítulos anteriores, en los que Cassam analiza diversos argumentos para establecer la tesis modal fuerte que se ha mencionado anteriormente. Estos argumentos no requieren la aceptación de los supuestos ontológicos en cuestión, y en este sentido, su estatuto es más favorable que el de los del último capítulo.

Las premisas que se utilizan para dar cuenta de la naturaleza del yo son de dos tipos: epistemológicas o metafísicas. Cassam dedica poco tiempo a los argumentos que utilizan las últimas. Más interesantes y fructíferos son los que utilizan premisas epistemológicas, como es el caso del Argumento de la Autoconsciencia, que tiene como primera afirmación que no podemos ser introspectivamente conscientes de nosotros mismos como objetos y solamente en el caso de que nos presentáramos a nosotros mismos como objetos podríamos ser un objeto entre otros del mundo. La conclusión es que *el yo pensante* no es un objeto del mundo.

Para dar cumplimiento al espíritu del libro, que pretende “derrotar” a la concepción cartesiana sin hacer supuestos que los cartesianos no aceptarían, Cassam trata de mostrar que el hecho de que sea necesario presentarnos a nosotros mismos como seres corpóreos se sigue del concepto mismo de autoconsciencia, en lugar de ser consecuencia de una concepción materialista del yo. En relación con esto, Cassam sostiene que hay *tres tipos* de concepciones sobre lo que involucra ser autoconsciente. La concepción que subyace a lo que Cassam llama el *Argumento de la Objetividad* (que es el primero que considera) es que la autoconsciencia implica ser capaz de *pensar al menos de algunas de las propias percepciones como percepciones de objetos en un sentido importante* [“weighty sense”] (es decir, cosas particulares susceptibles de ser percibidas y también de existir sin serlo). La segunda concepción (subyacente en el *Argumento de la Unidad*) es una según la cual un sujeto autoconsciente debe *ser capaz de autoadscribirse sus experiencias*. Finalmente, el autor considera la concepción que subyace al *Argumento de la Identidad*, a saber, que ser autoconsciente consiste en *tener conciencia de la propia identidad como sujeto de diversas representaciones*.

Todos los argumentos tienen la misma estructura general, ya mencionada, en el sentido de que tratan de mostrar que ser consciente de uno mismo como objeto entre otros objetos físicos es una condición necesaria de la autoconsciencia; la diferencia estriba en la idea que cada uno de ellos toma como la correcta.

Cassam argumenta que tanto el Argumento de la Objetividad por sí solo como en combinación con el Argumento de la Unidad no funcionan porque no es convincente la conexión entre concebirse a uno mismo como objeto físico y el requisito de la objetividad strawsoniano de acuerdo con el cual “es una condición necesaria para que alguien sea capaz de concebirse a sí mismo como un objeto físico que también piense en algunas de sus experiencias como experiencias de objetos físicos que son distintos de uno mismo” [p. 120]. El mejor argumento parece ser entonces el Argumento de la Identidad (como se verá, hay dos versiones de cada uno de los argumentos, la versión “conceptual” y la “intuitiva”, pero pasaré por alto la diferencia hasta el final).

Por lo visto, la ventaja fundamental que Cassam atribuye a este argumento es que la distancia que hay entre nuestras intuiciones básicas o directas acerca de la autoconsciencia y la condición que se impone en este caso —el “requisito de Identidad”— es menor que en los otros dos casos.

Esto muy bien podría ser así, pero puede pensarse en otras perspectivas que no aceptarían que la distancia se haya cubierto. Un ejemplo a remarcar de estos casos (puesto que comparte con el libro de Q. Cassam la recapitulación de temas kantianos que figuran en el trabajo de P.F. Strawson) es el que ofrece el reciente libro de J. Campbell, *Past, Space, and Self* en el que el autor investiga las capacidades que constituyen la autoconsciencia. Al hacerlo muestra una noción de autoconsciencia más básica que la que responde al Argumento de la Identidad. La cuestión sería entonces si se puede formular un buen argumento que se dirija a la misma conclusión utilizando nociones más básicas.

Hay como mínimo otros dos términos que sería preciso clarificar en relación con la discusión de los tres argumentos que Cassam analiza, a saber: “consciencia” [*awareness*] y “objeto físico”. Para finalizar esta recensión, voy a comentar brevemente la explicación del primero de ellos por parte del autor. Cassam afirma, como se mencionó anteriormente, que hay dos versiones de cada uno de los argumentos mencionados, una versión *conceptual* y una versión *intuitiva*. La diferencia entre ellas depende de si se piensa la autoconsciencia como algo que implica la *concepción* de uno mismo como un objeto físico, o solamente la *consciencia* [*awareness*] *intuitiva* de uno mismo como objeto físico. (Realmente, Cassam, cuando opta por el Argumento de la Identidad favorece la versión intuitiva, ya que el requisito conceptual le parece demasiado fuerte, con lo cual se opone explícitamente a Strawson y a Evans a quienes se menciona como defensores de la versión conceptual del Argumento de la Objetividad.)

Ahora bien, la cuestión es cómo explicar esta diferencia. Cassam afirma que la diferencia que está aclarando entre las dos explicaciones es análoga a la diferencia entre tener experiencia de algo y creer algo, y, además, que la idea de la distinción es obvia en la casos de ilusiones perceptivas como la de Müller-Lyer. En el caso de esta ilusión, un sujeto puede tener buenas razones para *pensar* que dos segmentos paralelos determinados son iguales y que, por lo tanto, tendría la *creencia* de que esos segmentos son iguales, a la vez que *experimenta* uno de los segmentos como más corto que el otro.

Autores como Gareth Evans caracterizaron la diferencia relevante que hay en casos como estos como una diferencia entre el contenido conceptual y el no-conceptual. Sin embargo, Cassam no desea comprometerse a seguir a Evans en el caso presuntamente análogo que está considerando: “... al trazar una distinción entre estas dos versiones [...] uno no se compromete por ello con la idea de que la consciencia intuitiva de uno mismo como objeto físico es una forma de consciencia ‘no-conceptual’ o ‘pre-conceptual’ ” [p. 31].

Así pues, se deja abierta la especificación ulterior de la noción de consciencia intuitiva de uno mismo como objeto físico. En mi opinión, esto es relevante para evaluar el rechazo por parte de Cassam de las versiones conceptuales de los argumentos por ser “demasiado fuertes”. No podemos tener una idea clara de lo que esto implica mientras no se clarifique lo que se abarca y lo que se excluye en una concepción conceptual de la autoconsciencia.

A pesar de que se mantenga al margen de este debate, el libro de Cassam es un libro de primera fila que todo aquél que esté interesado en la naturaleza de la autoconsciencia debería leer. Es una lástima que una recensión no pueda mostrar lo precisos y sutiles que son los análisis que Cassam ofrece de las diversas posiciones que se han mantenido y se mantienen respecto del problema de la autoconsciencia, pues po-

cas veces puede verse un debate filosófico tratado con este grado de profundidad. Además, Cassam consigue construir su complejo argumento en tan intrincada temática de manera extremadamente cuidadosa y sin menoscabo de la claridad en su exposición.

Olga Fernández Prat
St. Catherine's College
Oxford, OX1 3UJ, U.K.